

## ESPEJOS Y PAPELES

(Relato de **Pedro Nalda Querol**)

Cualquiera que me conozca sabe que no soy hombre de mucha escuela. Además, no quiero aparentarlo. Hijo único de madre viuda o soltera, esto nunca me quedó claro, sólo pude llegar hasta un repetido cuarto grado. Por suerte esta carencia no me ha creado ningún complejo. Claro que desearía tener más educación. Ella me ayudaría a cumplir mejor la tarea que voy a iniciar, que es la de recomponer esta especie de rompecabezas cuyo sentido, a veces, se me escapa; pero que, en el caso de que pueda armarlo completamente, podré descubrirlo o, al menos, tener la esperanza de que alguien lo descubra. Siempre me he sentido inclinado a las actividades individuales. Para mí, jugar a la pelota era ponerme frente a una pared y alegrarme por mi habilidad para atajar el rebote o, vanagloriarme solito del buen ángulo en que la había colocado, cuando el rebote me resultaba inatajable. De este modo evitaba perder. Perder no me gusta. Prefiero arriesgar menos y ganar menos; pero nunca perder. A pesar de mi confesión, nadie querría apostar, que yo no terminé la primaria. Y esto no es presumir de culto, sino es la consecuencia de muchas horas de radio y de muchas hojas de revistas, conscientemente escuchadas y leídas. Hay una diferencia entre la escuela y la radio. La escuela es un aprendizaje colectivo. Para aprender, a la gente en general, se la obliga a renunciar a su individualidad. En cambio a la radio, cada uno puede escucharla estando solo, sin compartir el banco o el aula; puede graduar su volumen, elegir el programa de su gusto, prenderla o apagarla como no puede hacerse con una maestra. Los programas de la radio son los que mejor le caen a personalidades como la mía. La radio y las revistas. Las revistas, son también un buen método para aprender cosas. Son más duraderas que los diarios y menos pretensiosas que los libros. Un ejemplo: los avisos de las revistas son siempre mejores que los avisos de los diarios. Por eso un aviso en un diario dura un día y en una revista mucho, muchísimo más. Lo que nunca he visto es avisos en libros. Seguramente los avisadores no quieren que sus avisos duren más que sus productos. No sería lógico. Las revistas enseñan ortografía, como las radios enseñan redacción. Y lo hacen en una forma entretenida e individual. Que nadie piense que sangro por la herida. Yo no me opongo a que las escuelas sigan funcionando. No estoy seguro de que venga al caso, pero quisiera agregar que a la fecha soy también huérfano de madre, que tengo cuarenta y tres años, que soy soltero y que mi profesión es la de chofer. Este trabajo va muy bien con mi personalidad. Y no llegué a ser chofer por pura casualidad. A los trece años entré como peoncito de depósito en una casa mayorista. Mi contracción al trabajo y trato respetuoso me hicieron ascender a ayudante de repartidor. Desde la caja de carga, a través de la ventanilla trasera de la cabina, repasé hasta el cansancio los movimientos de pies y manos que el conductor del camión hacía, hasta que, automáticamente, pude conducir mi camión imaginario. Un día mi jefe murió y yo me vi manejando el camión real. Ahí el asunto me gustó menos. Pusieron otro ayudante y me hicieron responsable por lo que él hacía. No me fue difícil conseguir otro reparto sin ayudante. Pero estaban los clientes. Ensayé al volante de un taxi. Durante varios años puse en práctica métodos

especiales para eludir las encuestas sobre pronósticos meteorológicos, opiniones políticas y la situación económica de la clase media. Cambié mi turno varias veces con la esperanza de que otro horario disminuyera la necesidad de diálogo, pero no conseguí resultados. Me sentía maltratado por el continuo cambio de patrones. No quiero ser injusto: la solución me llegó a través de un pasajero. Junto con la plata del viaje me entregó su tarjeta. Al día siguiente me presenté en el Ministerio y, sin siquiera tomarme una prueba, me entregaron un Ambassador negro en muy buenas condiciones. Sobre este auto señorial pasé varios años trasladando portafolios desde el Ministerio hasta La Plata con la radio encendida. Volviendo al tema de la radio y las revistas, no quiero que alguien piense que yo me creo todo lo que ellas dicen. No es difícil darse cuenta de que hay temas a los que se les da mucha manija. Estos temas siempre están relacionados con algún negocio. Un ejemplo claro de lo que digo fue, en su momento, la difusión de las bondades del llamado método del parto sin dolor que, después, fue reemplazado por otro invento contrario a la naturaleza: el parto sin temor. A quién, se le puede hacer creer que una mujer dará a luz sin el dolor propio del desgarramiento o, a quién se le puede hacer creer que una mujer no va a sentir un terrible miedo ante la extraordinaria dilatación muscular que sufrirá al parir. Además, si parir no fuera doloroso y peligroso ¿cuál sería el verdadero límite moral que las mujeres usarían ante el asedio sexual de los hombres? Hay cosas que no pueden ser por más vueltas que se les dé. Yo sigo pensando, aunque tengo mis dudas después de las experiencias que he vivido, que nada debería ser posible si está en contra de la naturaleza de las cosas. Prefiero no enredarme más en este tema, porque cuantas más vueltas le doy más me confundo. Seguramente habrá libros que lo tratan. Deben ser libros para los cuales es necesario prepararse. Yo no estoy arrepentido por no haberme preparado para eso, porque mi propia naturaleza rechaza las cosas complicadas; pero alguna vez he caído en la tentación de leer libros con un vocabulario para mí incomprendible. Mi prudencia me ha aconsejado no seguir adelante, como sabiendo que detrás de las palabras pueden existir abismos peligrosos. A veces, las personas evolucionamos en sentidos opuestos a medida que pasa el tiempo. Por ejemplo, cuando era más joven me arriesgaba más en lo físico y menos en lo moral. Antes, en los trechos muy largos y no llevando pasajeros, sentía necesidad de apretar a fondo el acelerador hasta que la velocidad desarrollada significara un cierto riesgo y, entonces, una especie de cosquilleo recorría mi espalda. Esto no podía evitarlo, era más fuerte que yo. En muchas ocasiones decidía que ningún otro auto podría adelantarse al mío. Más que decidirlo, apostaba. Jugaba contra mí mismo. Pero eso sí, sin trampas. Me gustaba pasar camiones con acoplado cuando algún auto venía de frente. Esto me exigía una gran concentración. Mi tensión nerviosa y mi tensión muscular subían hasta límites apenas tolerables y se venían abajo de pronto. En ese instante, sentía un pinchazo profundo en el corazón y quedaba vacío, como en éxtasis. Apenas repuesto volvía a buscar una nueva oportunidad y otra y otra. A medida que pasaron los años ese tipo de apuesta fue menos frecuente. No porque me haya acobardado, sino que, como es lógico, al entrar en la madurez el instinto de conservación física me fue frenando. Cuando fui contratado por la señora S., empecé a gozar del auto en otro sentido, como algo que me daba seguridad. Algo así

como una coraza protectora, dentro de la cual íbamos ella y yo. No puedo medir hasta qué punto su presencia influía en este sentimiento. Lo dicho viene a cuento para explicar que, en mi caso, los años me hicieron más prudente en lo que se refiere a encarar riesgos físicos; pero no me pasó lo mismo con las cosas morales. No sé si morales es la palabra. Pero esa tentación de meterme en pensamientos difíciles y de leer libros con vocabulario elevado, no me asaltaba cuando era más joven. Además, es como si me atrajera lo desconocido. No las personas o los lugares. Los conocimientos desconocidos. Frente a la posibilidad de estrellarme en una carretera sentía pinchazos en el corazón. Frente a la de entrar en un mundo desconocido de palabras siento una excitación difusa, no localizada en parte alguna de mi cuerpo. En ambos casos, se me ocurre, la cosa tiene que ver con la muerte. Hablando de muerte, perdí a mi madre hace casi tres años, en mayo de 1973. Esa tarde bajé del tren en Villa Luro y caminé despacio las seis cuadras hasta el departamento en que vivíamos. En la mitad de los casi treinta metros que separan la puerta de calle de la de nuestro departamento, oí la musiquita de cierre del informativo. Lo corriente era que oyese su apertura musical. Me demoré un poco con la llave en la cerradura para ver si mi madre apagaba la radio, como era su costumbre. Pero la radio siguió a todo volumen. Ésta fue para mí la primera señal de que algo pasaba. Ella estaba sentada, con el Para Ti abierto sobre su falda y la nuca apoyada en el respaldo del sillón de mimbre. La segunda señal fue su brazo derecho colgando, inerte. La miré de reojo y pasé por el otro lado de la mesa para apagar la radio. Me senté frente a ella y la miré. La miré usando todo mi poder de observación, como si no la conociera. Después, por largo tiempo, me quedé inmóvil, tratando de imitarla. Pretendía eliminar las diferencias visibles que pudieran existir entre ella que estaba muerta y yo. Estaba esperando un pinchazo en el corazón que no llegó. Sentía, eso sí, una especie de excitación no localizada. Sus lentes, se deslizaron suavemente y cayeron. Entonces me di cuenta de que la diferencia podía ser muy poca pero que existía. Bajé sus párpados. Busqué la tarjeta de la cochería de la obra social y salí para hablar por teléfono desde el almacén de la esquina. Los de la funeraria se encargaron del resto. Un estúpido prejuicio no me dejó encender la radio durante varias semanas, exactamente hasta el día en que el destino me cruzó con la señora S. Ha sido para mí motivo de mucha reflexión, sobre todo ahora que he vuelto a sufrir una pérdida, saber si mi madre me quería. Trato de hacer memoria y de recomponer gestos que me demuestren ese amor o esa falta de amor. Son tan pocos los recuerdos o fueron tan pocos esos gestos, que no parecen suficientes para decidir sobre la cuestión. Me asusta pensar así, porque suena como poco normal. Tal como interrumpí el uso de la radio, dejé de leer revistas, no de comprarlas. Para matar las horas puse en la guantera del Ambassador un libro que hacía meses había encontrado sobre la silla de un bar: "Rayuela", de Julio Cortázar. La primera ojeada que le eché (no sé si ojeada va con h o sin h), me permitió confirmar que los libros, al menos ése, no incluía avisos. Después pensé que no los tenía porque a los avisadores no les interesaba. No estoy seguro de que esto sea así. Es posible que sean los autores los que no permiten avisos en sus libros. Imagino a los escritores, no a todos claro, un poco

pagados de sí mismos. También puede ser porque la idea de publicar libros con avisos no se le ha ocurrido a nadie, todavía.

Desde que me propuse encarar este trabajo por el cual siento como una especie de mandato, no encuentro el coraje necesario para dar los primeros pasos. Creo que huelo el peligro y me demoro en esta especie de zona de frontera, para sentir esa excitación no localizada de la cual he hablado. Cuando me sacaron de la casa de la señora sólo me permitieron llevar muy pocas cosas. Entre éstas estaban los manuscritos de la señora S., que ahora me propongo revisar y ordenar, y Rayuela. Cuando pienso en este libro pienso en madame Berthe Trépat, más que en cualquier otro de sus personajes. No estoy seguro de que a la gente que se menciona en una novela, se la llame personaje. De lo que sí estoy seguro es de que he usado esta palabra por resultarme familiar después de todo el tiempo que pasé al servicio de la señora S. Como ella era actriz de teatro usaba muy seguido la palabra personaje en un sentido muy distinto al de persona importante. Ahora está empezándome a pasar con esa palabra lo que me pasa casi siempre que me pongo a pensar en el significado de cualquier otra. A medida que analizo qué es lo que quiere decir una palabra y lo voy almacenando interiormente, a medida que la repito en voz baja, empiezo a sentir que la palabra se va alejando, hasta que llega el punto en que no sólo pierde completamente su significado sino que, hasta me suena muy rara y se convierte en un sonido. Me gustaría saber si a todo el mundo le ocurre lo mismo o si es una debilidad o un poder que yo tengo. Aquí me tratan bastante bien. No solamente quienes están encargados de vigilarme, sino el personal del Instituto en su conjunto. Me siento protegido y creo que éste es un buen ambiente para iniciar mi tarea. Ningún internado se mete conmigo. Me doy perfecta cuenta de que este paquete de papeles que no abandono es lo que me defiende. Como si la señora S., a la distancia, hiciera lo necesario para que no me pase nada malo. Esto no significa que nunca nadie haya intentado despojarme de mi valiosa posesión. Ocurrió primero en la policía, después ocurrió en el juzgado; pero yo sigo siendo el único que posee los originales, o sea el único que puede tocar las mismas páginas que ella tocó. Comparando lo que fue el diario íntimo de la señora S. con el contenido de mi paquete, podría decirse que estas páginas, muchas de ellas arrugadas o rotas, son algo así como sus despojos mortales. Desde este punto de vista lo que yo estaría transportando no sería otra cosa que un cadáver. Yo no lo siento de ese modo. Esto es mío y tiene vida latente. Sólo falta que lo organice del modo que corresponde para que vuelva a vivir. Ya tengo en mi bolsillo un rollo empezado de cinta scotch. Tengo también permiso para usar la mesita que está en la antesala de nuestro pabellón. Todavía no empecé. Paso mucho tiempo tratando de imaginar el contenido de algunas páginas y me preocupa mucho saber si la señora S. habrá escrito algo sobre mí y, en ese caso, si la referencia será directa o indirecta, si habrá escrito alguna vez mi nombre. Voy a necesitar, antes que nada, dos sobres grandes para separar las hojas manuscritas de las que tengan algo impreso. También necesitaré conseguir algo para abrochar las hojas una vez ordenadas. Si las hojas del diario de la señora no están numeradas o fechadas, sólo podré ordenarlas después de su lectura. Esto sería una dificultad porque me obligaría a privarme del momento de

mayor excitación no localizada, o sea del momento en que todas las páginas estén en su correspondiente orden y que me ofrezcan la posibilidad de entrar en el mundo de la señora de un modo completo, de poseerlo sin molestas interrupciones de mi sufrimiento y de mi placer. En el mostrador de la Administración he visto una máquina de perforar y dos abrochadoras. No va a resultarme difícil, creo, conseguir que me presten cualquiera de estos elementos cuando los necesite. A pesar de haber mirado muchas veces el contenido de mi paquete, ahora me doy cuenta de que aún no sé si las hojas del diario son lisas o rayadas. Tampoco sé si son blancas o de algún color muy tenue. Yo tuve entre mis manos, varias veces, el diario de la señora que, a veces, llamo sus despojos mortales. La primera fue al poco tiempo de entrar a su servicio. El diario estaba sobre el piso del Fairlane. Pensé que era un álbum para fotos y lo levanté. Ahora me doy cuenta de que no tengo ninguna foto de ella. Quiero decir fotografía verdadera. Y podría tenerla. No sé si en los recortes de diarios y revistas hay alguna foto, aunque no es lo mismo. No me importa demasiado no tener ninguna fotografía verdadera porque, al fin y al cabo, una fotografía no sería la señora, sobre todo teniendo en cuenta las transformaciones que ella tuvo durante el tiempo en que me tocó tratarla. Las fotografías no servirían de mucho, porque no pueden mostrar el modo en que se producen esas transformaciones. Sólo servirían para saber qué distinta pudo llegar a ser la señora S. de la misma señora S. El color de las tapas del diario era negro opaco. La palabra “Diario” estaba grabada en el centro de la primera tapa, con un tipo de letra bastante extraño, tanto es así que me costó descifrar qué decía y sólo lo conseguí la segunda vez que tuve el diario en mis manos. Sé que el material con que estaban hechas las tapas era cuero, por el olor característico que despedían. Las hojas en mi paquete mantienen algo de este olor, aunque no tan puro. Una de las cosas que más me impresionaron cuando conocí a la señora fue el perfume que siempre parecía envolverla. Yo no soy experto en lociones ni en extractos y mucho menos lo era en aquella época, pero tengo la firme creencia de que el perfume de la señora no era sólo producto de los extractos, sino que provenía de ella misma, de su cuerpo y de sus cabellos, como naciendo de una especie de fuerza física que se transmitía por medio de ese olor particular. El olor que emanaba de la señora S. no era siempre el mismo. No me gusta decir olor para nombrar los particulares aromas de la señora S., porque me parece que la palabra olor lleva consigo una referencia desagradable. En cambio el olor de la señora nunca me produjo rechazo. Podría decir que, en los últimos tiempos, el perfume de la señora era más agresivo que al principio, como si hubiera tenido más que ver con ese animal que era su cuerpo, como si sus funciones vitales se hubieran exagerado. A veces me emociona pensar que la señora S. haya estado alguna vez en la misma sala donde la señora Trépat dio su concierto aquella tarde de lluvia, según el relato de Cortázar. Comprendo que es una posibilidad muy remota, sobre todo teniendo en cuenta que dicha sala no parece de gran categoría. A pesar de lo remoto de esta posibilidad, he imaginado a la señora en su época de estudiante de teatro, recitando poemas o participando de alguna representación en la Salle De Géographie.

Yo no creo que la señora haya estado, nunca, casada. Por lo tanto el tratamiento de señora me parece que viene más por el lado de su categoría que por el lado de su estado civil.

Todos los argentinos sabemos y algunos que no lo son también deben saberlo, qué pasó el 20 de junio de 1973 en nuestro país. No quiero decir que todos sepamos lo que realmente pasó sino, simplemente, que todos sabemos que ese día regresó Perón a la Argentina, que una impresionante multitud lo esperaba en Ezeiza y que antes de que su avión aterrizara se produjo un tremendo tiroteo entre sectores opuestos. No sé qué sectores, ni quién tiró el primer tiro. Medio país estaba en Ezeiza; pero yo no estaba. A mí me resultaba totalmente indiferente ir o no ir. Desde muy temprano vi pasar gente y más gente por Villa Luro. Como no faltó algún vecino que me hiciera preguntas que prefería no responder, pronto entré en el departamento que seguía alquilando después de que murió mamá y prendí la radio por primera vez desde entonces. La ubiqué en el patio a todo volumen, para escucharla desde cualquiera de las habitaciones o desde la cocina, sin ningún temor de que los vecinos se molestaran, porque ninguno de ellos estaba en casa. Por la radio me fui enterando de lo que pasaba en Ezeiza. Primero todo fiesta, después todo lamentos. Era cerca de medianoche cuando tocaron el timbre. El tipo a quien mi jefe me había ordenado que le entregara el Ambassador la tarde del día anterior venía, evidentemente, reventado. Sobre el Ambassador había tres individuos más. Me senté al volante y él me indicó donde ir. Durante el trayecto no cambiamos palabra. Uno de los que iban sentados atrás no hacía otra cosa que suspirar profundamente, como si se desinflara. El levanta cristales de mi lado no funcionaba. Una de las luces delanteras no prendía. El parabrisas estaba terriblemente sucio y había pasto y barro en el piso del auto. Los cuatro se bajaron en la misma esquina. Ya no era hora de llevar el auto al garaje del Ministerio. Volví para el lado del centro. Era algo así como la una de la mañana del 21 de junio de 1973 cuando, antes de cruzar la avenida 9 de julio se me ocurrió parar para corregir la altura de la antena. La antena estaba quebrada. Me quedé un momento parado al lado del cordón, pensando qué hacer. Decidí limpiar el parabrisas con la gamuza que tenía en la guantera. La gamuza no estaba. En la guantera sólo quedaban un par de balas sin servir y el ejemplar de Rayuela. Lo saqué y lo puse sobre el asiento delantero. Volví a bajar del Ambassador y di una vuelta a su alrededor. Estaba en eso cuando vi aparecer por la esquina de calle Cerrito una mujer que, en seguida me di cuenta, iba a cambiar mi vida. Tan pronto me vio, la señora S. caminó hasta donde yo estaba y me pidió ayuda. Que me pidió ayuda es una manera de decir. Fui rápidamente enterado de que tenía su coche a pocas cuadras, presuntamente descompuesto. Dijo que los teléfonos del Automóvil Club no contestaban en esa noche tan particular, que su chofer no había aparecido en todo el día y, finalmente, que yo debía llevarla en mi auto hasta donde estaba el suyo y allí ver cuál era el problema. Subimos al Ambassador. Su auto era un Fairlane celeste. Tenía la llave puesta. Mientras yo me ocupé de poner en su lugar el cable de bobina a distribuidor, ella se quedó sentada en el Ambassador. Salvo ese detalle el Fairlane lucía impecable. Volví hasta el Ambassador y le tendí las llaves. Ella tenía Rayuela en sus manos. No hizo ademán de recibir las llaves. Bajó del auto del Ministerio y yo la seguí.

Fuimos en el Fairlane hasta su casa de Avenida Quintana. Al bajarse me tendió el libro y me dijo que me esperaba a las diez de la mañana del día siguiente. Cuando doblé por Av. 9 de Julio fue la última vez que vi al Ambassador. Me pareció una especie de despojo mortal. Esa fue la madrugada en que comencé a leer Rayuela. Durante la primera semana no pasé del hall de entrada de la casa de la Avenida Quintana. También disponía del sector de garajes, que no es otra cosa que una especie de jardín empedrado en cuyo centro hay un angelito con las alas desplegadas y la boca fruncida, de la cual salía permanentemente agua. Allí puse a punto el motor del Fairlane. A mí nunca me gustó depender de mecánicos. Pocos días después la señora me asignó un departamento de servicio. Desde su ventana podía ver el jardín empedrado con el angelito y también el amplio jardín del fondo, con sus largas hileras de rosales florecidos. Además de mi ropa trasladé, desde Villa Luro, mi colección de revistas y la radio. A veces he sentido curiosidad por saber qué habrá hecho la dueña del departamento con mis modestos muebles; pero como los muebles no hablan ni se resisten, habrá hecho lo que se le dio la gana. En ese momento éramos cinco personas al servicio de la señora, además de su secretaria. La cocinera, el jardinero, dos mucamas y yo. Sólo la cocinera, una mucama y yo vivíamos en la casa. Conocer a la señora S. me produjo como un deslumbramiento. No busqué la amistad ni la complicidad de las otras personas de servicio, cosa que me hubiera traído inconvenientes como, por ejemplo, establecer compromisos que me impidieran asistir a la señora cuando los demás, hacía mucho, ya la habían abandonado. Si alguien me pregunta por qué menciono a la señora con la sola referencia a la inicial de su nombre, debo responderle que busque la causa en mi natural discreción. Yo tengo un claro concepto de algunos límites y éste es uno de los que he aprendido a respetar. Eso sí, ni por la recompensa más preciada, renunciaría a mis principios y ofrecería detalles con mención de nombre y apellido para satisfacer malsanas curiosidades.

Ayer conseguí dos sobres de un tamaño algo menor del necesario en la sección Actividades de este Instituto donde, cada día, me siento más cómodo. Me siento como me sentí en mi casa durante el período que transcurrió entre la muerte de mi madre y el encuentro con la señora S. O sea, más que comodidad, lo que siento es falta de riesgos exteriores. Como si todos los riesgos los llevara dentro de mí y me paseara entre los muebles de un depósito. En este caso algunos de esos muebles hablan, cantan, gritan o lloran; pero, cosa extraña, no superan nunca en mi sentimiento, su calidad de “cosas”. Sólo uno de estos muebles llegó, por un momento, a parecerme peligroso. Se había acercado mucho a mi paquete y lo miraba embelesado vaya a saber con qué intención. Yo tuve la prudencia de no actuar irreflexivamente y abalanzarme sobre lo mío para protegerlo, ya que eso podría haber resultado trágico. Conservé la calma, aún cuando mi excitación subía segundo a segundo. Es probable que la misma excitación me haya inmovilizado, porque soy un convencido de que, en mi naturaleza, se producen equilibrios de ese tipo. El mueble ávido de paquetes ajenos debe haber sospechado que una poderosa tensión se oponía a sus deseos y abandonó su intención. Después de este episodio he preparado varias veces la misma trampa sin que ningún mueble haya caído en el lazo. Me refiero a que he dejado varias veces mi paquete sobre

una silla y me he alejado algunos pasos, controlando si se producía la atracción paquete-muebles. Sin resultados. Claro que el paquete que dejaba sobre la silla no era mi verdadero paquete, aunque nadie podía saberlo ya que el envoltorio sí era el auténtico. Mientras tanto los papeles de la señora S. me esperaban entre la lana mal cardada de la almohada de mi cama. Esta prueba tiene un doble sentido: el ya explicado y la oportunidad de excitarme al dejar el verdadero paquete lejos de mi alcance físico. Aquí pretendían que yo bebiera el mate cocido de la mañana en un jarro de aluminio abollado y sin manija, que era llenado hasta el borde por el ayudante de cocina, munido de un cucharón. La primera vez fui tomado por sorpresa y solté el jarro manchándome la ropa y quemándome el pie derecho. Abandoné rápidamente la escena y me refugié en el pabellón. El jarro, apenas más deteriorado de lo que ya estaba, me fue devuelto con la explícita indicación de que debía usarlo para no dificultar la disciplina. Toda la tarde de aquel día la pasé reflexionando sobre qué era lo que me había hecho caer en semejante pozo, cosa tan poco habitual en mí. Esto era a fines de febrero, cuando en Buenos Aires todavía los días son largos y calurosos. Primero se me ocurrió que hacer cola para desayunar podía ser la causa de mi estado de ánimo. Después pensé que la torpeza que había demostrado al soltar el jarro era lo que podía causarme ese bajón. Una tercera causa que consideré fue mi falta de afición por el mate cocido, mejor dicho, por el mate en general. Mi madre, que era muy matera, no consiguió contagiarme el vicio. Esta explicación tampoco era válida ya que lo que me frenaba con el mate-bombilla no era el gusto de la bebida sino la práctica poco higiénica. Así, descartando una a una las razones de mi mufa, llegué a la conclusión de que lo que me producía un rechazo insuperable era el jarro en sí. Probé tomar nuevamente el jarro entre mis manos y sostenerlo, vacío y a temperatura normal. Tuve que soltarlo. Después lo miré a cierta distancia. El jarro no tenía manija y estaba abollado, como arrugado, cosa que me producía un fuerte rechazo. Además, el jarro estaba ennegrecido, cosa que me causaba un, hasta ese momento, inexplicable malestar. Después imaginé al jarro siendo nuevo y comparé el jarro real con el jarro imaginario. Éste era liso y pulido, brillante, de una superficie absolutamente pareja. Si bien pensé que estaba comparando dos jarros, esto no es cierto. Yo estaba comparando el mismo jarro antes y después. Me quedó muy en claro que lo que no toleraba era la transformación que el jarro había sufrido. Pasó un tiempo durante el cual, con diversas excusas, no me presenté a tomar el desayuno. Di muchas vueltas hasta encontrar una salida a mi situación. Se trata de una botella de litro con un embudo. Primero trataron de impedir que usara mi nuevo e ingenioso recipiente; pero, pasados los días ganó mi testarudez. Las ventajas son muchas. Nadie sino yo usa mi botella, lo que preserva mejor la higiene. Al ser su capacidad de un litro, aunque tampoco la botella tiene manija, evito quemarme las manos sosteniéndola de la parte superior, cuando vierten dentro de ella el mate que sólo la llena hasta algo menos de la mitad. De este modo bebo el mate sin apuro, a la temperatura que más me gusta. Por otra parte el embudo me ayuda a evitar salpicaduras sobre mi mano, ya que obliga a introducir el cucharón lo más profundamente posible y a derramar el mate con cierto cuidado. Como se ve todas son ventajas. A veces pienso si todo esto es así, tal cual lo explico, o si el día en que

solté el jarro me sentí tan deprimido porque el paquete que sostenía en mi mano izquierda sufrió los efectos de las salpicaduras del mate caliente y yo, dada la gran rapidez y la forma inesperada en que sucedieron las cosas, perdí la posibilidad de gozar de la excitación que este riesgo, en otras circunstancias, me hubiera causado. En fin, son ideas. Tenía todo bastante bien planificado para comenzar mi trabajo. Una vez que mi botella recibió su correspondiente mate cocido caminé lentamente hasta el que aquí llaman comedor número uno, donde desayunamos. Mastiqué, también muy lentamente, dos rebanadas de pan de ayer y, sin apuro, bebí algunos tragos de mate cocido entre bocado y bocado. Tuve la precaución de no consumir todo el mate. Cuando me pareció prudente puse el embudo invertido sobre el pico de la botella. Éste es el modo en que tapo mi recipiente. Con la parte fina del embudo hacia arriba es siempre más difícil que caiga basura o polvillo dentro de mi botella. Sé que no es imposible, a pesar de lo cual prefiero este método al de utilizar una tapa para la botella como a cualquiera se le hubiera podido ocurrir. Del modo en que lo hago, mi recipiente, formado por la botella y el embudo, se mantiene siempre siendo uno. Tanto cuando lo uso para el mate como cuando se encuentra vacío. Esto no ocurriría si, después de consumir todo o parte de su contenido, retirara el embudo y tapara la botella. En ese caso en lugar de seguir siendo uno, mi recipiente se convertiría en dos elementos. Si alguien piensa que mi razonamiento es equivocado porque imagina que cuando bebo el mate cocido lo hago directamente del pico de la botella retirando el embudo y, entonces, mi recipiente está formado por dos elementos separados, está en un error. Como el embudo es de plástico flexible, cuando introduzco su parte fina en el cuello de la botella consigo un muy buen ajuste con sólo hacer la presión necesaria. De esta manera no necesito sacar el embudo y beber directamente del pico de la botella, sino que bebo con el embudo puesto. Si puedo encontrar un corcho resolveré la manera de tapar mi recipiente sin destruirlo como unidad. Sólo necesitaré afinar algo la punta del corcho para poder taparlo sin quitar el embudo de la botella, o sea que taparé con el corcho el orificio que separa la parte ancha de la parte fina del embudo. Durante las últimas semanas he prestado mucha atención a este detalle y he caminado mirando permanentemente hacia el piso para tratar de encontrar el corcho que necesito, cosa que no ha ocurrido. En este primer día de labor me dediqué a separar los papeles manuscritos de los papeles impresos. Algunas hojas mezclan ambas escrituras. Encaminé la clasificación teniendo en cuenta qué era lo primero que saltaba a la vista. A pesar de haber trabajado con bastante rapidez me llevó un largo rato tener todas las hojas puestas en uno u otro sobre. Ocurre que no debía mirar cada papel más de lo necesario para clasificarlo, pero se hacía muy lenta la operación porque los sobres son algo más chicos de lo ideal. Contrariamente a lo que cualquiera podría suponer, al avanzar en mi trabajo no fui ganando velocidad sino perdiéndola. Pasaba que los sobres, al ir llenándose, requerían mayor cuidado para colocar las hojas. Dije que me llevó un largo rato poner todas las hojas adentro de los sobres. En realidad esto no es totalmente cierto por cuanto una hoja ha debido quedar afuera ya que no se trata de material impreso ni de texto manuscrito, ni siquiera es una combinación de ambas cosas. Es la única hoja con la que no pude cumplir mi propósito por más esfuerzos que hice. Se trata de

una hoja de cartulina color blanco, bastante gruesa y de una superficie algo rugosa, de unos 30 por 50 centímetros. Es evidente que la cartulina ha estado arrollada durante bastante tiempo porque aún conserva cierta tendencia a curvarse. Además fue, en su momento, doblada en dos ya que la encontré de ese modo. Al desplegarla y echarle un rápido vistazo sólo atiné a ponerla aparte, pues me bastó esa rápida visión para darme cuenta de que si la dejaba bajo mis ojos una fracción de segundo más, la atracción que ejercería sobre mí iba a impedirme seguir con la clasificación. La excitación era tal que me paralizaba. La cartulina seguía allí, doblada en dos y algo curvada, sin mostrarme otra cosa que su parte sin utilizar; pero atrayéndome como un remolino de placer o de sufrimiento extremos. Poco a poco fui tranquilizándome y pude continuar la tarea. Por fin puse los dos sobres dentro de la almohada y la cartulina doblada en mi paquete falso. Durante el largo rato que estuve clasificando los papeles, fui consumiendo, a tragos cortos, lo que quedaba de mi mate cocido. Los últimos sorbos estaban fríos. No sé por qué puse la cartulina dentro de mi paquete falso. De este modo mi paquete falso ha dejado de serlo de un modo completo y mi paquete auténtico también. Si se quiere ésta ha sido una manera de multiplicar el riesgo. No alcanzo a entender como dividir puede terminar siendo multiplicar. Cuando digo multiplicar el riesgo digo agrandarlo. Creo que, si bien el riesgo del que hablo tiene su origen en lo valioso que es este material y en la posibilidad de que alguien atente contra él, ese riesgo se agranda en la medida en que el material es separado. Me parece que, separando las hojas, aumentan los posibles atacantes y disminuye mi capacidad de control. Debo prometerme a mí mismo actuar con prudencia. Anoche, después de dar muchas vueltas en la cama, no tuve más remedio que levantarme y, con mi paquete falso a cuestas, ir hasta los baños. A esa hora el sector está muy poco iluminado. Aquí los baños son bastante parecidos a los del club Vélez Sarsfield. Por lo menos a los que Vélez tenía alrededor de 1954, cuando fui a participar como suplente en un partido de fútbol de esos que se juegan entre el personal de empresas. Creo que perdimos el partido sin que yo tuviera nada que ver con el resultado. Lo único que quedó grabado en mi memoria fueron los baños. Lo que más me impresionó no fueron las instalaciones sino la manera en que se conducían todos los que allí estaban. En realidad todos, salvo yo. Bastaba que alguien traspusiera la puerta de los baños de Vélez para que se convirtiera en una especie de ser primitivo. Todo el mundo andaba en pelotas, haciendo exhibición de lo mucho o lo poco que tenía, hablaba a los gritos o cantaba, se pedorreaba sin ninguna vergüenza, meaba con el cuerpo tres cuartas partes girado para seguir participando de la ceremonia general, entraba en el wáter y lo usaba sin siquiera entornar la puerta, hacía grosero eco de los ruidos que allí retumbaban, arrojaba toallas o jabones o bolitas de papel higiénico, se abría de piernas para refregar con fuerza su culo enjabonado o levantaba sus testículos hasta el ombligo para resolver el problema de un granito purulento en la entrepierna. Todo esto en medio de una atmósfera cargada de vapores. El piso mojado y enjabonado era tan resbaladizo e inseguro que me hizo retroceder de inmediato hasta el pasillo. Mi madre atribuyó los vómitos que tuve la noche del día que fui a Vélez al exceso de sol que había tomado durante el partido. Anoche, por suerte, no había nadie en el sector de los

baños y pude elegir, cuidadosamente, la cabina que recibía más luz del único tubo fluorescente que estaba encendido. La penúltima cabina era la que cumplía mejor con esta condición. Una vez dentro revisé que no hubiera mierda u orines desparramados sobre los bordes del inodoro, repasándolos con un trozo de papel de diario que llevaba dentro de mi paquete falso. Me saqué las zapatillas y las puse en la posición justa para que, si alguien pasaba, viese que el wáter estaba ocupado. Saqué la cartulina doblada de mi paquete. Dejé el paquete con todo cuidado apoyado sobre el depósito de agua. Para ello debí subir al borde del inodoro de espaldas a la puerta. Entonces me di cuenta de que ésta era la mejor posición porque, algo inclinado hacia atrás, apoyaba mi nuca sobre la puerta y podía mantenerla cerrada ante cualquier presión exterior. La posición también me permitía tener libres ambas manos. Extendí la cartulina como se abre un libro y bajé mi vista lentamente. Lo primero que pude ver fueron manchas de forma ovalada cruzando la cartulina en diagonal ascendente, de izquierda a derecha. La coloración de cada una de las manchas se oscurecía a medida que estas ascendían. También en el mismo sentido crecía su tamaño. Me quedé un rato contemplando las manchas. Una especie de fuerza brutal se desprendía de aquellos dibujos y me daba en plena cara. Volví a plegar la cartulina y comencé a olfatearla ya que, supuse, parte de su fuerza provenía de su olor. Dado el lugar donde me encontraba era bastante difícil aislar el olor de la cartulina del tufo amoniacal que desprendían los baños. Después de algunos intentos pude identificar el aroma de la cartulina como el que rodeaba a la señora S. en los últimos tiempos. La desplegué nuevamente y seguí olfateando, esta vez pegando mi nariz a las manchas. El tacto de las manchas tomado con la punta de mi nariz me indicó no sólo que la cartulina había estado en directo y prolongado contacto con la señora, sino que las manchas tenían un apreciable grosor y latían. Abrí los ojos para evitar que la sensación de desvanecimiento que comenzaba a sentir se hiciera más profunda. Giré repetidamente la cartulina para poder contemplar las manchas desde diferentes ángulos y, de pronto descubrí, en la mancha más oscura y de mayor tamaño, ubicada ahora en el ángulo inferior derecho, el último rostro de la señora. Como atraído por un llamado especial, crucé en diagonal mi vista sobre la cartulina y tuve, sobre la mancha más pequeña y más clara, la visión del primer rostro de la señora S., tal cual la había conocido en junio de 1973. Traté de hacer una síntesis entre la visión de ambas manchas, para lo cual hice una observación casi simultánea de ambas, pasando por las manchas intermedias que no eran otra cosa que la evolución sufrida por las manchas extremas, o sea por los dos rostros de la señora. Esta transformación, la velocidad en la comprensión del significado de las manchas o, tal vez, la posición de mi columna, produjeron en mí una sensación de náusea inaguantable. Mientras mi estómago se replegaba en su incontrolado afán de tomar contacto con el contaminado aire de los baños, mi cabeza permanecía analizando los datos con una rapidez extrema. La conclusión de ambos procesos llegó a un punto en el que entendí que el dibujo sobre la cartulina no era otra cosa que la imagen de la señora S. reflejada en espejos paralelos como los que existían en sus aposentos, y expulsé por mi boca sobre la cartulina desplegada y descifrada, una materia viscosa que cubrió las manchas, siguió fluyendo ya sin esfuerzo por entre mis labios y

goteó sobre el fondo del inodoro. Esta mañana no pude levantarme a la hora acostumbrada. Nadie me lo exigió; pero me consta que la persona encargada de vigilarme se interesó en el caso. La cartulina blanca ha desaparecido. El hecho no deja de preocuparme, a pesar de que guardo en mi memoria una perfecta impresión, tanto visual como olfativa, de las manchas perdidas.

Ayer recuperé mi paquete falso, ahora auténticamente falso, que había perdido durante el episodio de la noche de los baños. Todo este episodio ha retrasado la continuación de mi trabajo pues, mientras mi paquete falso estuviera en el wáter no podía exponerme a los ojos de todos trabajando sobre la mesa, sin delatar la existencia de dos paquetes. Hoy trabajé por la mañana y por la tarde y estoy satisfecho con los avances conseguidos. La cinta scocht está a punto de terminarse, pero ya he recompuesto todas las hojas rasgadas que están escritas o impresas de un solo lado. El método que utilicé resultó sumamente eficaz. Durante la mañana trabajé con el contenido del sobre número uno, en el cual había guardado los papeles impresos o parcialmente impresos. Durante la tarde trabajé con el contenido del sobre número dos, o sea a las hojas manuscritas. Por la mañana fui consumiendo, a cortos tragos, el mate cocido que había reservado en mi recipiente. A la tarde extrañé la falta de bebida y terminé mi trabajo con la garganta reseca. Mañana voy a administrar mejor el mate cocido. Normalmente, una vez consumido todo el mate, dejo mi recipiente vacío debajo de mi cama. A la hora del desayuno controlo que el recipiente siga estando vacío, lo enjuago y me pongo en la cola. Si pretendo hacer durar el mate hasta última hora de la tarde, debo llevar el recipiente permanentemente conmigo, aún durante las horas que aprovecho para pasearme por el patio con mi paquete falso, mirando el piso en búsqueda del corcho que necesito. Caminar con el paquete falso, mi recipiente y la vista baja, en un espacio muy frecuentado por los muebles, puede resultar riesgoso. Tengo que evitar cualquier incidente que pueda significarme futuras dificultades. Debo correr riesgos con la higiene de mi recipiente o correrlos respecto de la continuidad de mi trabajo. Si aplico aquello de que entre dos males se debe elegir el menor, dejaré mi recipiente con algo de mate cocido debajo de la cama, mientras camino por el patio buscando un corcho.

Sigo avanzando en mi trabajo. Hoy es el segundo día completo que dedico a recomponer las hojas impresas o escritas de ambos lados. Ayer me ayudó bastante estirar el mate cocido del desayuno hasta la última hora de la tarde, en el sentido de que no sufrí demasiado la sequedad de mi garganta. Durante mi paseo por el patio he dejado mi recipiente, con parte del mate cocido, debajo de mi cama. Como hoy trabajé en recomponer las hojas manuscritas de ambos lados, se apoderó de mí una extraña nerviosidad que ya he experimentado cuando tengo contactos directos con las cosas de la señora S. En este caso, al manejar las hojas para empalmarlas, no podía menos que mirar el dibujo de la letra. Con esto no debe entenderse que yo leí lo escrito sino, simplemente, que miraba el dibujo de la escritura y, sin poder evitarlo, reconocía la letra de la señora. La única infracción que cometí a las reglas que yo mismo me he impuesto fue leer una línea escrita al dorso de una hoja cubierta de escritura normal. El primer vistazo que eché sobre esa línea me indicó que no se trataba de la letra de la señora

S. Es llamativo el hecho de que una misma hoja esté cubierta en uno de sus lados con la letra de la señora y, en el otro lado, cruzando la hoja, en trazo muy firme y muy grueso pueda leerse:

*DIARIO DE DIFICULTADES DE DOS DIVAS DESESPERADAS*

Fue esa única línea, cruzando la hoja en diagonal, la que me sirvió de clara referencia para descubrir cuáles eran los dos trozos que debía empalmar para que la hoja quedara recompuesta. Mientras ocupaba mis manos haciendo el empalme, mis ojos leyeron esta línea y mi cerebro registró, una por una, las 7 palabras que la componen. Son varias las observaciones que pueden hacerse sobre estas únicas 7 palabras: primero, que alguien (además de yo mismo) tuvo acceso al diario de la señora; segundo, que la persona que escribió las siete palabras utilizó un marcador de fibra que fue agotando su carga hacia el final de la escritura, ya que el negro intenso de las primeras palabras empalidece hacia el final de la frase. Tercero, que el ángulo en que fueron escritas estas palabras, manteniendo la hoja en posición vertical, es el mismo ángulo que seguían las manchas sobre la cartulina blanca, también sostenida verticalmente. Pero ambos ángulos corren sobre diagonales opuestas de forma tal que, si hubieran estado marcados sobre un mismo papel, dichas diagonales se hubieran cortado en el centro de la hoja. Cuarto, que en ambos casos el color va perdiendo intensidad a medida que el dibujo asciende en la página. La lectura de la frase me causó un tremendo malestar, aún antes de haber podido analizar el significado de estas siete palabras. Más tarde, ya acostado y algo más tranquilo, comencé el análisis de *DIARIO DE DIFICULTADES DE DOS DIVAS DESESPERADAS*. Lo primero que salta a la vista es que todas las palabras empiezan con la letra D. Cuatro palabras terminan con la letra S. Hay dos palabras con un número impar de letras (*DOS* y *DIVAS*). En total las letras utilizadas son catorce. La letra que más se repite es la D (nueve veces). Hay siete letras que no se repiten, sino que aparecen una sola vez (F,C,U,L,T,V, y P). Si dejamos una sola vez cada letra y eliminamos las que se repiten queda: *DIAROEFCULTSVP*. Si ordenamos alfabéticamente estas catorce letras, y las dividimos en dos grupos de siete letras cada uno, se forman las palabras *ACDEFIL-OPRSTUV*. El número de letras que no se repite es igual al número de palabras de la frase (7). El número total de letras utilizadas (14) es el doble del número de letras que no se repite (7) y del número de palabras de la frase (7). La suma de la cantidad de letras que no se repite (7) y de la cantidad de palabras de la frase (7) es igual al número de letras utilizadas. Si numeramos las letras en el orden en que aparecen en la frase, la segunda D ocupa el número 7. Si sumamos el número de veces que aparecen las primeras 7 letras cuando se las ordenó alfabéticamente, obtenemos 28. Si sumamos el número de veces que aparecen las segundas 7 letras (*OPRSTUV*), totalizamos 14. Si sumamos el número de veces que aparecen las 14 letras utilizadas obtenemos 42. Tanto 14, como 28, como 42 son exactamente divisibles por 7.

Todas estas observaciones ocuparon largas horas de mi noche y hoy me siento debilitado, impotente para seguir reflexionando y sin fuerzas suficientes para acometer una jornada de trabajo. Tengo la sensación de que pasaré

algunos días en este estado, hasta que retome el equilibrio que sabe reconstruir mi propia naturaleza. Mientras tanto me dedicaré a tareas menores, como conseguir un nuevo rollo de cinta scocht, como cortar prolijamente tiras de papel de diario que tendré que tomar de mi paquete falso. Como releer el capítulo XXIII de Rayuela, o como seguir buscando un corcho en la zona de palmeras del patio. La búsqueda del corcho no estoy seguro de que sea una tarea menor.

Ya está empalmado el margen postizo de papel de diario en todas las hojas completas. O sea que la mayor parte de mi tarea de compostura de las hojas está terminada. Sin embargo, en cada uno de los sobres han quedado varios pedazos de hojas que no he podido recomponer. Por ese motivo me veré obligado a cambiar mi método de empalme de hojas a través de la observación de la forma de sus trozos, que llamo método mecánico, por el método que llamaré analítico ya que consiste en el análisis de lo escrito con el propósito de descubrir por intermedio del significado de las palabras si los trozos separados corresponden a una misma página. El método analítico tiene sus graves inconvenientes ya que, llegado el caso, debo escribir yo mismo lo que pueda faltar, basándome en el sentido de lo que encuentro escrito. Para utilizar en todas sus etapas este método necesitaré algunas hojas de papel blanco para reemplazar los pedazos faltantes y poder escribir sobre los trozos blancos que empalmaré con cinta scocht. Si bien yo era conciente desde antes de empezar mi trabajo de que tropezaría con muchas dificultades, no supuse que necesitaría tantas cosas que no poseo: sobres, cinta scocht, papel de diario, perforadora, ganchos, hojas en blanco y, especialmente, una birome (\*). Habiendo trabajado bastante tiempo en la Administración, conozco el grave problema que existe con estos elementos. No hay empleado administrativo a quien no le haya tocado padecer su notable escasez. Como este lugar pertenece a la Administración, tengo que prever que me será mucho más difícil conseguir una birome que cualquiera de las otras cosas. Por eso trataré de resolver el problema de la birome antes que nada. Con esto quiero decir que si no puedo conseguir la birome dentro del Instituto estoy dispuesto a salir a buscarla. Si tuviera algo de plata la cosa no sería tan difícil, porque podría pedirle a algún empleado que me comprara la birome o podría comprársela a alguno de los muebles ya que, sin duda, alguno de ellos debe tener una. Pero no tengo plata. Además no me animo, por ahora, a salir de aquí. No es por miedo al afuera, sino por temor a lo que pueda pasar aquí adentro, mientras yo no esté. La única alternativa es canjear algo de lo que yo tengo por una birome. Pero lo que tengo es muy poco. Antes que nada deberé localizar una birome. Después observar las costumbres y preferencias de su dueño para saber qué cosa de las que tengo puede llegar a interesarle. Finalmente saber si lo que él pretende por su birome no será de excesivo valor para mí. Por ejemplo si el negocio fuera cambiar mi paquete auténtico por una birome, no habría trato. No recuerdo quién fue el que dijo “mi reino por un caballo”. Creo haber leído muchos años atrás, en alguna revista, una historia sobre ese rey. Si yo fuera rey diría “todo por una birome, menos mi reino”. Porque yo tengo reino aunque éste no sea visible para los demás, o los demás hagan como que no lo ven. La única solución será el canje. Siendo chico se me planteó un caso parecido. Yo deseaba con mucha fuerza una muñeca. Necesitaba una

(\*) *Nota: La palabra “birome” significa “bolígrafo” en Uruguay, Paraguay y Argentina.*

muñeca para mis juegos. Entonces empecé a fijarme en las muñecas con las que jugaban mis vecinas. Con ninguno de mis vecinos yo tenía relación ni cambiaba palabra. Solamente ellos o ellas, de tanto en tanto me sacaban la lengua. Finalmente elegí una muñeca. Era pequeña y negra, con cara de pasta, cabellos de lana motosa y ojos muy abiertos, muy claros, pintados sobre la cara. Rondé disimuladamente a la dueña de la muñeca tratando de conocer sus gustos para, después, poder presentarle mi propuesta. Repasé con detenimiento todas mis cosas y llegué a la conclusión de que no tenía nada para ofrecerle. Mejor dicho, solamente tenía una cosa y no estaba dispuesto a cambiar mi colección de siete números de El Tony por nada del mundo. En aquella época yo no sabía leer. Me excitaba muchísimo pensar que en poco tiempo más podría descifrar las palabras escritas y compararlas con mi previa idea de lo que decían. Cuando llegó el momento que El Tony se devaluó porque pude leerlo, mi vecina se había mudado de barrio y yo me había quedado sin su muñeca. Confío que la experiencia me sirva para, esta vez, conseguir la birome. El inventario de mis cosas es bastante reducido: además de la poca y gastada ropa, cuyo valor no creo que alcance para conseguir una birome, tengo los dos paquetes, el auténtico y el falso, que son mi reino y que por lo tanto no estoy dispuesto a canjearlos; mi recipiente, cuyo valor podría llegar a ser muy alto y posiblemente alcanzara para varias biromes si consiguiera el corcho que necesita, aún cuando canjearlo significaría volver a un jarro de aluminio abollado y ahumado, cosa que trataré de evitar a toda costa. Por último Rayuela. El valor del libro, su costo, no se me escapa que es muy superior al de una birome. Pero en términos relativos, para mí, vale mucho más una birome que Rayuela. Además lo único que me interesa de este libro es su capítulo XXIII y, en un libro tan gordo, no será difícil desprender las catorce hojas que lo componen sin que ello afecte el interés del dueño de la birome. Digo catorce hojas y no quince como son en realidad porque la última hoja del capítulo XXIII, o sea las páginas números 149 y 150 del libro, no me interesan. Yo tengo mi propio final para ese capítulo, muy distinto al que le dio el señor Cortázar y, por eso, no me importaría demasiado desprenderme de Rayuela si pudiera conservar desde la página 122 hasta la 148. Lo que yo digo es que el final del capítulo XXIII es muy parcial y que el autor se pone del lado del señor Oliveira en lugar de hacerlo del lado de la señora Berthe Trépat, como yo hubiera hecho. Este Oliveira me hace acordar a quien, yo bien me lo sé, fue el autor de las 7 palabras. No me caben dudas porque fue él la única persona que tuvo en sus manos el diario de la señora, aquella noche que se metió en sus aposentos. Aposentos suena a cosa de otras épocas; pero yo me acostumbré a decirle así a toda la zona del primer piso que ocupaba la señora S. porque así le decían los que trabajaban con ella cuando yo llegué a su casa. La señora tuvo una crisis cuando lo encontró allí metido y me recriminó haberlo dejado entrar. La verdad es que me tomó desprevenido y no me dio oportunidad de impedirselo. Es evidente que él conocía bien el terreno, por el modo en que se movió dentro de la casa. Como yo había atendido muchos de sus llamados telefónicos lo reconocí por la voz. Me doy cuenta, ahora, que no sé cómo se llamaba. Por otra parte la señora nunca se negó a atenderlo. Es como si este Oliveira, este

hijo de una gran puta autor de las 7 palabras, hubiera tenido derechos adquiridos, vaya a saber por qué razones. Esa noche que entró en los aposentos fue la única vez que lo vi y la última que escuché su voz. En realidad, en esta época, la señora S. ya no recibía visitas ni llamados telefónicos. Esa noche, casi de madrugada, el muy degenerado salió de la casa con aire de víctima, tanto que, al cerrar tras él la puerta de calle, sentí una especie de repentina solidaridad por su situación. Tipos como este Oliveira de Rayuela o como este Acdefil Oprstuv, para llamarlo de algún modo, no merecen la solidaridad de nadie, sino que son acreedores al más severo de los desprecios. Después de aquella noche Acdefil no apareció más. Es cierto que en las últimas semanas los teléfonos estaban cortados y que la señora, sin reparar en este detalle, igual los usaba. A tal punto la señora no tenía en cuenta que los teléfonos estaban cortados que, el penúltimo día, me dio una lista de números telefónicos pertenecientes a diarios y revistas, indicándome que citara a todas las personas cuyos nombres figuraban al costado de cada número a una conferencia de prensa que daría para explicar su situación y sus proyectos. Ella se quedó a mi lado mientras yo hacía los primeros llamados, para controlar que cumpliera bien sus instrucciones. Después me dejó solo y yo seguí simulando llamar hasta al último de los invitados. Al día siguiente por la tarde, o sea el último día, la señora bajó a la gran sala de la planta baja y se ocupó personalmente por cada uno de los detalles para la recepción. Cuando todo estuvo preparado según su gusto, subió a sus aposentos para cambiarse y bajó, vestida como una reina, a las siete en punto de la tarde.

Sigo sin conseguir la birome. Hace varios días que desprendí las catorce primeras hojas del capítulo XXIII de Rayuela y las guardé dentro del sobre número uno de mi paquete auténtico, donde están los papeles impresos. Además camino permanentemente con el libro bajo el brazo, junto con mi paquete falso; pero de un modo tal que el libro resulte bien visible. He recibido varias preguntas sobre Rayuela, lo que demuestra cierto interés. Sin embargo ninguno ha mordido el anzuelo. Tengo, eso sí, la posibilidad de una operación interesante con un mueble. Hemos convenido que si él me consigue prestada una birome yo le prestaré el libro. Esto me daría derecho a usar la birome durante todo el tiempo que él tarde en leer Rayuela y, a él, le daría derecho a leer el libro durante todo el tiempo que yo use la birome. Él sabe que al libro le faltan catorce hojas y yo sé que la birome puede estar algo gastada. Éste sería un trato excelente si Rayuela le interesara a él hasta terminarla y si la birome estuviera con bastante carga. En ese caso yo podría terminar mi trabajo y además, después, recuperar el libro. Si a él le interesara la lectura de Rayuela y no quisiera abandonarla hasta el final, en el caso de que la birome se agotara antes de terminar mi trabajo, siempre quedaría la posibilidad de que él consiguiera prestada otra birome. Es una lástima que el mueble interesado en Rayuela no tenga una birome propia; pero ahora somos dos los que la buscamos. Otra posibilidad mucho más concreta; pero no tan tentadora, se me dio con el mueble que duerme en la cama de al lado. Yo sabía que tiene una birome color amarillo con tinta azul, que usa permanentemente para dibujar sobre la palma de su mano. Entonces di todos los pasos para saber si se interesaba en Rayuela. Fue lo suficientemente astuto como para hacerme creer que, en principio, tenía interés. De ese modo

yo le expliqué cuál era mi intención y él me hizo una contrapropuesta para cambiar su birome por mi recipiente. Por ahora no hubo trato. Todo esto me sirvió para saber que tiene otras dos biromes nuevas de reserva. Este canje es una posibilidad a la que puedo echar mano en cualquier momento. Mientras madura el canje de la birome, trabajo por la mañana y por la tarde. Siempre dejo mi recipiente con algo de mate cocido para la segunda parte de mi jornada debajo de mi cama. He pensado que podría matar dos pájaros de un tiro exigiendo una birome y un corcho en canje por Rayuela. Tampoco quiero exagerar para que el trato no fracase. En la primera página que reconstruí, después de empalmados todos los pedazos disponibles, ha quedado una zona faltante que afecta parte del texto. Como no tengo con qué escribir no puedo completar las mutilaciones sufridas por el artículo. Esto no significa que no haya completado en mi imaginación el trozo faltante. Para no perder las partes ya imaginadas, mientras llega el momento de escribirlas en la zona blanca de la hoja sobre la cual pegué los pedazos de diario, he empezado a repetir todo el artículo en voz alta, si bien de un modo que, creo, no es entendible para los demás. Lo que hago, mientras me paseo a la hora de la siesta, es imitar a un relator deportivo transmitiendo un partido de fútbol; pero empleando el texto del diario. Algunas partes de lo que recito dicen:

*“Una actriz que pone al servicio de un texto interesante pero riesgoso, algo más que su voz y su cuerpo. / Es un ejemplo poco común el magnífico trabajo de la señora S. en su personificación de María Blanchard, / Asume los cambios somáticos sin demasiados recursos de maquillaje, apelando a la interiorización que hace de los conflictos de esa negra que consigue el cambio de color de su piel, pero paga el duro precio de la pérdida de su real identidad.”*

En la época en que apareció este artículo en el diario, las paredes de Buenos Aires estaban cubiertas de pintadas y carteles políticos. A pesar de esa inundación, en el centro se veía una gran cantidad de afiches anunciando el estreno de “Nociones de simetría”, con el nombre de la señora S. en letras muy grandes y un dibujo de su rostro. Dentro de mi sobre número uno hay un afiche de éstos; pero de un tamaño mucho menor al de los que empapelaban el centro de la ciudad en abril de 1974. Con este papel he hecho una pequeña trampa traicionando las leyes de mi trabajo, ya que me dediqué a su larga contemplación. Lo de la trampa es relativo, ya que yo conocía el afiche y por lo tanto no hubiera agregado ninguna excitación descubrirlo entre el conjunto de los papeles cuando éstos estén ordenados definitivamente. Si yo escribiera un libro sobre la señora S. incluiría entre sus páginas este afiche, lo que equivaldría a incluir un aviso en el libro. En el caso de que la editorial no aceptase ponerlo, yo me negaría terminantemente a que publicara mi libro. Quede aclarado que el aviso quedaría reducido al dibujo ya que, para cumplir con mi discreta conducta, he arrancado la parte donde su nombre aparecía. Es curioso ver como, en lo que hace al afiche, actúo contrariamente a como lo hago en el resto de los papeles. Al afiche lo mutilo, mientras que a las demás páginas las reconstruyo. De todos modos este proceder no traiciona en nada el espíritu de mi tarea sino, muy por el contrario, lo respeta. Cuando llegué a la residencia de la Avenida Quintana, me sorprendió la cantidad de espejos que había por toda la casa. Con tantos espejos, cuando

la señora recibía visitas, la gente que entraba en la sala o en la biblioteca parecía mucha más de la que en realidad era. Cuando por los afiches me enteré del estreno de “Nociones de simetría”, relacioné el título de la obra con la cantidad de espejos que había en nuestra casa, ya que un objeto real y el mismo reflejado son simétricos y opuestos. Claro que hasta ese momento yo no había entrado en los aposentos de la señora S. En ellos, la profusión de los espejos y su disposición eran mucho más llamativas que en la planta baja. Una de mis principales tareas más adelante, cuando las mucamas ya no estaban, fue limpiar los espejos. Es increíble como se ensucian. Llegó el momento en que no daba abasto. Por lo que termino de explicar, yo ingresaba en los aposentos de la señora frecuentemente en la última época y, en muchos casos, aún sin verla, podía oír si ella hablaba por teléfono, ensayaba o decía cosas en voz alta. Esto me permitió conocer algunas conversaciones que la señora S. mantuvo con su médico durante las cuales le rogaba, casi le exigía, que hiciera algo con ella, cosa que nunca conseguí interpretar en su exacto significado. A mí me consta que durante los últimos tiempos la señora tomó muchos remedios y se aplicó muchas inyecciones, pues yo era el encargado de comprarlos en la farmacia. Muchas mañanas me tocó retirar de sus aposentos dos, y hasta tres jeringas descartables. La lectura del artículo del diario y su memorización y permanente repetición me han permitido conocer aunque sin detalles, de qué se trataba la obra y puedo darme cuenta de su relación con lo que le pasó a la señora. De todos modos éstas no son más que suposiciones mías y pueden tener muy poco que ver con la realidad. De lo que ya estoy seguro, en base a la documentación que poseo, es de que ese Acdefil, como autor de las 7 palabras, es el principal responsable, por no decir el único, de los padecimientos físicos y morales de la señora S. Yo, como ya lo dije, nunca lo había visto. Pero sus ojos y su frente me resultaron conocidos. Hoy he hecho un especial esfuerzo de memoria sobre su rostro. Este esfuerzo me ha producido verdadero agotamiento; pero he podido relacionar la frente y los ojos del maldito Acdefil con el de una fotografía que la señora S. tenía sobre una mesita. La fotografía era color sepia y, al pie, decía: “Con todo mi amor para S. Pablo. Noviembre de 1954” En fin, si todo pasa como lo tengo pensado, en tres o cuatro días más terminaré la reconstrucción analítica de los papeles de mi sobre número uno. Después tendré que hacer un alto, si es que en ese momento no he conseguido, todavía, la bendita birome.

Ayer, después de varios días de calma chicha, sufrí el primer ataque directo. Algo me decía que esto iba a suceder. La cosa vino por el lado de mi vecino de cama, el poseedor de las tres biromes. Ningún otro, sino él, pudo ser quien orinó sobre el mate cocido que contenía mi recipiente, mientras yo caminaba por el patio a la hora de la siesta. Una espuma sospechosa coronaba el contenido que, después pude comprobar, estaba bastante aumentado. Como todos los días, cuando volví de mi caminata cambié, con las precauciones del caso, mi paquete falso por mi paquete verdadero, recogí mi recipiente y me instalé en la mesa que siempre uso. Estaba bastante turbado porque todo me hacía presumir que esa tarde terminaría la reconstrucción analítica de mi sobre número uno y, si no quería interrumpir la continuidad de mi tarea, debería abordar las hojas manuscritas

incompletas de mi sobre número dos sin el auxilio de la birome, salvo un inesperado cambio en la situación de canje por Rayuela. Esta turbación no me permitió darme cuenta a tiempo de las anomalías en el contenido de mi recipiente y, con un movimiento automático lo llevé a mis labios y bebí un trago de aquello. La meada de mi atacante, mezclada con el mate, llenó mi boca y la inundó de un gusto agrio, metálico. Por suerte mis defensas actuaron y el inmundo líquido fue expulsado de inmediato sin que se filtrara a través de mi garganta. En un primer momento la desesperación me paralizó y no atiné a otra cosa que a seguir escupiendo los restos de la repugnante mezcla. En ese instante pasaron por mi cabeza muchos y contradictorios pensamientos sin que llegara a poner en acción ninguno. Lo primero que se me ocurrió fue correr hacia el pabellón y devolver la agresión de la que había sido víctima orinando directamente sobre la cara de mi atacante. Después me imaginé presentando ante la Administración una denuncia formal acompañada de las pruebas que aún contenía mi recipiente. También se me cruzó la idea de entrar silenciosamente en el pabellón y sacar las tres biromes de mi atacante mientras él dormía, vaciarlas de sus tanques y volver a poner en su lugar los cartuchos vacíos. Inmediatamente después pensé que debía romper las tres biromes en presencia de mi enemigo, a manera de escarmiento. Por último fui serenándome y me di cuenta de que buena parte de mis papeles habían sufrido horribles salpicaduras, cosa que no hizo más que agrandar mi desesperación. Por último recogí todas mis hojas, las coloqué dentro de los sobres desordenadamente y dejando mi recipiente sobre la mesa huí hacia los baños, cuando las arcadas ya daban vuelta el contenido de mi estómago. El vómito se produjo en el sector general de los baños, a la vista de todos y, lo irresistible del desahogo, me impidió controlar la dirección de las devoluciones que cayeron sobre mi paquete auténtico. Calmado mi malestar físico me dediqué a una profunda higiene de mi boca, mediante lavajes con jabón y largos buchets. Después, metido en un gabinete traté de limpiar lo mejor que pude, usando una manga que arranqué a mi camisa, las salpicaduras de orina y vómito que ensuciaban los papeles. Hecho esto rehice el paquete y salí en busca de mi recipiente. Mi recipiente ya no estaba sobre la mesa ni se lo veía por ningún lado. Agotado al extremo caminé, casi me arrastré, hasta mi cama. Mi atacante estaba acostado, aparentemente durmiendo, con la clara intención de fabricar una coartada. Puse mi paquete auténtico sobre la cama y me tiré sobre él boca abajo, apretándolo contra mi pecho y aferrándolo, además, con mis dos manos. Tenía miedo de que el sueño me venciera después de los agotadores acontecimientos que terminaba de vivir. Por el contrario, han pasado largas horas y el sueño ni siquiera se ha asomado. Sigo en la misma posición porque no quiero ofrecer flancos débiles a mis enemigos. Mi atacante se ha levantado y, en una maniobra de provocación, dejó una de sus biromes asomando de una de sus zapatillas, al pie de la cama. He debido frenar mi tentación de apoderarme de ella. Llevo largo rato reflexionando sobre mi situación actual. Es evidente que el ataque sufrido exige un replanteo completo de mis planes. El atentado contra mi recipiente y su posterior desaparición son claros indicios de que algunos a quienes, hasta ahora, consideré desprevenidos muebles, no son tales ni mucho menos sino que forman parte no sólo del aparato de vigilancia al que me veo sometido, sino de

los servicios de Acdef y están dispuestos, a toda costa, a impedir el cumplimiento de mi misión. He desechado por completo la idea de que mi vecino haya procedido del modo en que lo hizo con el solo propósito de presionarme para obtener el canje de su birome por mi recipiente, por cuanto la posterior desaparición del mismo denota la existencia de cómplices que no hubieran actuado de no mediar intenciones más ambiciosas. Me han enviado un mensaje. Por otra parte la llamativa falta de corchos en todo el Instituto, cuando tantos otros pequeños objetos cubren el piso de pasillos y patios, no puedo atribuirlos, ahora, a la simple casualidad. Otro detalle de la conspiración en mi contra es el hecho de que mi paquete falso permaneció durante varios días al alcance de cualquiera mano sin desaparecer. Es evidente que fue abierto en mi ausencia, su contenido escrupulosamente revisado y luego colocado en la misma posición en que yo lo había dejado. Me asaltan dudas respecto de si pudieron haber violado y haber revisado su contenido sin animarse a robarlo por temor a mi reacción o simplemente porque carecía de valor para ellos. Ahora me doy cuenta de que toda mi planificación adoleció de fallas tremendas porque, si bien abarcaba en sus más mínimos detalles el método de mi tarea, no tuvo para nada en cuenta la presencia de enemigos y su inevitable intervención. Me horroriza haber sido tan ingenuo. Ahora me doy cuenta, también, de que ni siquiera sé la cantidad de hojas que contiene cada uno de los sobres de mi paquete auténtico, o sea que si alguien robó alguno de los documentos, yo no tengo forma de saberlo. Es de primera necesidad que proteja, ante todo, esta documentación. Para eso nada mejor que dividir el contenido de mi paquete en pequeños lotes, al fin de que al primer indicio de ataque, pueda tomar precauciones que salven al resto del material. Como no tengo birome ni manera de conseguirla, no podré numerar las hojas, para que los controles pudieran verse facilitados. Lo mejor será formar lotes de igual cantidad de hojas y el control consistirá en verificar cuántas hay en cada lote. Para usar las mismas armas que Acdef, termino de decidir que cada lote estará formado por 7 hojas. He oído decir que un buen camino para el triunfo es apropiarse de las armas del enemigo y, en caso de que esto no sea posible, robar sus banderas. Tengo que descubrir sus planes y enfrentarlo con planes similares. Para evitar la posibilidad del reemplazo de alguna hoja por otra falsa, tengo pensado marcar todas las hojas cruzándolas con la uña mediante dos diagonales. Si al marcar las hojas con la uña lo hago siempre comenzando desde abajo y aflojando, al subir, la presión de mi dedo, como ocurría con el color de las manchas sobre la cartulina blanca o con las 7 palabras de Acdef, estas marcas serán difíciles de imitar y la autenticidad de las hojas estará bien cuidada. Mientras protejo los documentos de la señora S., dejaré un lote de siete hojas manuscritas por reconstruir en mi paquete falso y buscaré el sitio más apropiado para mi trabajo que ya no puede ser la mesa que usé hasta ahora. Es evidente que estoy muy cansado y que mis pensamientos no son claros. Por ejemplo, termino de pensar que dejaré un lote de 7 hojas manuscritas por reconstruir en mi paquete falso y este pensamiento tiene dos errores imperdonables. Primer error: no puedo saber antes de reconstruirlas cuántos trozos componen las siete hojas de las que hablo. Segundo: mi paquete falso ya no será tal, será mi único paquete que contendrá material auténtico y papeles de diario de relleno. A pesar de mi

tremendo cansancio, aún tengo suficiente conciencia como para reconocer estos errores y saber que la única posibilidad de reconstruir las hojas manuscritas será incluir en mi paquete todos los pedazos sueltos. Mi atacante de ayer ha vuelto a su cama. He oído, además, cómo muchos aparentes muebles han llegado al pabellón y se han acostado. Hoy ya debe ser mañana. Voy a tratar de aquietar mis pensamientos para no caer en la posibilidad de que, con tanto cansancio, piense en voz alta y delate mis nuevos planes. Mi paquete auténtico sigue bajo mi pecho, sostenido fuertemente por mis dos manos.

Ahora está sonando el reloj de pie de la sala y cuento las campanadas una a una. Cuando suena la séptima veo como se abre la puerta de los aposentos de la señora y como ella aparece, apoyándose en la baranda de cedro, pasea lentamente su mirada desde lo alto por toda la sala que está vacía, como registrando uno por uno a todos los que allí no estamos. Ahora baja los primeros escalones y yo comienzo a sentirme solo, esperándola al pie de la escalera. Ahora la señora llega al primer descanso y allí se quita la capa de tules, dejando al descubierto sus hombros torneados y el gran escote de su vestido blanco. Lee titulares de revistas que saca de mi paquete falso. La capa de tules flota un instante y luego cae hacia la sala sin que yo logre impedir que desaparezca en el aire. Ahora la señora sigue bajando mientras pasea su vista por toda la sala repleta de gente. Yo debo ser alguno de los muchos que allí están. Llega a la sala, camina directamente hasta el sillón de pana roja, se sienta y cruza sus piernas. Comienzan los fogonazos. La señora se para y toma distintas poses. Sonríe. Terminan los fogonazos. Ahora vuelve a sentarse. Comienza a oírse un gran murmullo y no consigo diferenciar voces. Estoy demasiado lejos de la señora. Ahora su voz se alza por sobre todas las demás. Ahora se para y se pasea cadenciosamente. Se detiene y mira a los ojos del periodista que hizo una pregunta, que no es otro que el tipo a quien mi jefe del Ministerio me ordenó que le entregara el Ambassador. Murmullos crecientes. La señora sigue su recorrida. Ahora se sirve y toma. Los murmullos siguen. Bebe. La señora sola en medio de la sala ríe y bebe. La señora se dirige a mí. Da una vuelta con los brazos abiertos. Baila como negra. Bebe como negra. Fuma como negra. Ama como negra. Grita. Me recorre un sudor frío y siento oprimido el pecho. Come como negra! Caga como negra! Oda como negra! Ahora la señora se pone a llorar y está nuevamente sola en medio de la sala. El llanto de la señora se transforma en risa. Grita y la opresión sobre mi pecho crece. Bebe. El murmullo aumenta y se mezcla con sonidos de copas. La señora recorre la sala vacía, trastabilla, ofrece bebida. Por sobre los murmullos se alza una voz de mujer. Es la voz de mi madre. Ahora una voz de hombre. Me parece Oliveira. Otra voz de mujer. La reconozco como la de Madame Trépat Otra voz de hombre. Es la de Acdef. Las voces se convierten nuevamente en murmullos que no comprendo. Ahora la señora S. deja caer la botella con la que servía y tiene en su mano la muñequita de mi vecina de Liniers. Trastabilla, aturdida. Huye de algo. El murmullo se transforma en un chillido. La señora huye del chillido. Yo no puedo llegar hasta donde ella está. Una multitud me lo impide. La señora levanta y baja la cabeza siguiendo el ritmo del chillido. Cuando agacha la cabeza levanta los brazos. Ahora el chillido se agudiza y se convierte en un graznido metálico. Ahora yo tengo la

muñeca de mi vecinita de Liniers. La señora se agazapa detrás de la mesa mientras se oyen los disparos del 20 de junio de 1973 en Ezeiza. La señora está ensangrentada y repta en dirección a la escalera. Yo la espero en el último descanso. Ella sube los escalones arrastrándose, con un movimiento ondulante de todo su cuerpo. Me veo, desde abajo, apoyado en la baranda y paseando la vista por la sala vacía. Siguen los graznidos. Ella sigue subiendo envuelta en su capa de tules. Bajo los tules puedo ver su cuerpo desnudo. En el segundo descanso de la escalera una violentísima excitación me paraliza. La señora se alza en un movimiento elástico y, con enorme fuerza, se proyecta contra el espejo que está a mis espaldas. La espero del otro lado del espejo cuando ella cae, ensangrentada, a mis pies. Todas las hojas del diario de la señora vuelan a nuestro alrededor. Levanto una a una las hojas y las pongo desordenadamente entre las páginas de Rayuela que Berthe me ha alcanzado antes de que esos dos hombres uniformados me tomen por debajo de los sobacos y me lleven, mientras la señora tiene sus ojos muy abiertos, como si mirara.

Alguien ha puesto un corcho dentro de mi paquete falso. Yo no tengo tiempo para perder en interpretaciones. Sólo digo que alguien ha puesto un corcho allí. Hoy he desayunado con un jarro de aluminio. Sólo digo que hoy he tomado mi mate cocido usando un inmundo jarro de aluminio. Hoy he comenzado la distribución de los lotes de 7 hojas después de cruzarlas con mi uña. Las hojas son muchas y no puedo dejar librados al azar de mi memoria los sitios en que las oculto. Por eso estoy usando el segundo esquema de Adef para la distribución de los lotes. Considerando que su nombre completo estuviese escrito sobre el pasillo que lleva a nuestro pabellón, camino en la dirección en que su nombre se lee y escondo los lotes alejándome tantos pasos como se repite cada letra, primero a la izquierda y luego a la derecha, alternativamente, comenzando por la A de la cual me alejo cinco pasos a la izquierda y siguiendo por la C de la cual me alejo un paso a la derecha. Mi esquema, en definitiva, es el siguiente:

	5	9	1	1	1	6	1								
	X	X	X	X	X	X	X								
PUERTA ENFERMERÍA	A	C	D	E	F	I	L	O	P	R	S	T	U	V	PUERTA PABELLÓN
		1		6		5		2	2		1		1		
		X		X		X		X	X		X		X		

Cada una de las X representa los pasos que indican los números. La letra A representa la puerta de la enfermería. La letra V representa la puerta de nuestro pabellón. Las letras E y F representan la puerta del comedor número uno y del mostrador de la cocina, respectivamente. Entre la L y la O dejo un espacio. Cuando, como en el caso de la S, que representa un pequeño depósito, doy dos pasos menos que los correspondientes y me choco con la pared, vuelvo sobre mi recorrido hasta completar los pasos indicados. Por eso escondí el lote, que llamo lote S, debajo de una pila de sábanas amarillentas. Trato, sin apartarme del esquema Adef, de encontrar el lugar más seguro para cada uno de mis lotes. Por ejemplo mi lote I lo escondí, curvándolo algo, bajo una tapa de hierro

fundido que hay en el piso, algo así como una rejilla pero sin calar. Estoy bastante cansado y he distribuido hoy hasta mi lote S. Mañana distribuiré los lotes T, U y V y comenzaré los controles de los distribuidos hoy. Además de los trozos de las hojas sin empalmar me falta distribuir tres lotes de 7 hojas cada uno, o sea que el total de las hojas sumando las impresas y las manuscritas es catorce veces siete. Hoy me privé del paseo por el patio a la hora de la siesta. Tenía mucho trabajo y, además, ya no busco un corcho. La birome de mi atacante sigue al alcance de mi mano. Las catorce primeras hojas del capítulo XXIII de Rayuela han pasado a integrar los lotes, o sea que las hojas de la señora S., sin tener en cuenta los trozos por reconstruir, son doce veces siete lo que es igual a ochenta y cuatro. Es llamativo que ocho más cuatro sea doce. He dejado Rayuela sobre la almohada de mi cama, al alcance de mi atacante, para devolverle su atención de tentarme con una de sus biromes. Nadie, creo, ha tocado el libro. Esto forma parte de la guerra fría. No sé en qué lote quedó la hoja con las 7 palabras. Cuando realice los controles trataré de averiguarlo. Cada día deberé economizar esfuerzos y estar bien preparado para cuando se produzcan nuevos ataques. Hoy todo fue bien hasta que le llegó su turno al control del lote E, el lote que ayer dejé detrás del cuadro en la pared izquierda del llamado comedor uno. Este cuadro exhibe, detrás de un vidrio grasiento, una hoja muy ajada cuyo título indica que es el menú semanal. Al pie de la página puede leerse una firma con su rúbrica muy llena de rulos que dice claramente: Valentín Pilorget. Creo que lo que me decidió a colocar el lote E detrás de este cuadro, fue esa firma al pie. Valentín Pilorget bien pudo haber sido el amigo de Berthe Trépat. Su nombre y la manera en que suena su apellido, estimularon en mí, ayer, una esperanza. La esperanza de tener aquí un amigo o al menos alguien que no sea mi enemigo, de no estar solo en un medio tan absolutamente hostil. Pensé que, con Valentín, el lote E estaría más seguro. Pero no ha sido así. Hoy al contar el número de hojas de este lote, había seis y no siete. Reconté las hojas varias veces, sacudí el cuadro en todas las direcciones, sin ningún resultado. Alguien ha robado una hoja de mi lote E y, sin animarme a volver a esconderlo seguí con él bajo el brazo junto con mi paquete de pedazos sueltos. Me apuré para controlar el resto de los lotes sin encontrar novedades. Tenía alguna esperanza de que algún otro lote tuviera ocho hojas; pero no fue así. Debo reconocer que el enemigo no sólo me ha dado, llevándose una hoja, un tremendo golpe, sino que me ha sacado de ritmo, haciéndome correr y controlar los lotes a la vista de todos. Me ha hecho renunciar al esquema Acdef, mi arma más poderosa; y me ha demostrado que está en posesión de mis códigos y en condiciones de llevar adelante un ataque generalizado. Rayuela sigue sobre mi almohada. La birome de mi primer atacante sigue asomando de su zapatilla. Rayuela tiene siete letras. Birome sólo seis. Mi lote E tenía, como todos los otros, siete hojas. Por lo tanto tenía tantas hojas como letras tiene Rayuela. Ahora apenas tiene seis hojas, tantas como letras tiene birome. Es evidente que Acdef, al verse descubierto como el autor de las 7 palabras, está empleando todo su poder para destruirme.

He vuelto a controlar uno por uno los lotes que quedan distribuidos, ya que el lote E con una hoja menos, sigo teniéndolo en mi poder. De dichos trece lotes hay dos, el O y el V, que sólo contienen siete hojas del capítulo

XXIII de Rayuela, por lo tanto quedan once lotes distribuidos de siete hojas cada uno que corresponden a los papeles de la señora S. En este segundo control mi intención no fue solamente verificar si cada lote seguía completo, cosa que quedó comprobada, sino saber si en alguno de los lotes distribuidos estaba la hoja con las 7 palabras. Ahora puedo afirmar que la hoja Acdef (también así la llamo) fue la que mis enemigos secuestraron del lote E. Esto significa que esa desaparición no fue producto de la casualidad. Acdef ha recuperado la pieza fundamental de este rompecabezas, la única que lo colocaba en evidencia y lo debilitaba hasta extremos realmente peligrosos. No obstante mi posición tampoco es débil, ya que, a pesar de luchar solo contra un enorme poder, tengo reservas morales y suficientes armas como para darme el lujo de perder algunas batallas sin desesperar. Por lo pronto he comenzado a distribuir catorce nuevos lotes falsos formados por hojas desprendidas al azar de Rayuela y recortes de diarios de mi ex paquete falso. Estos lotes ya no tienen siete hojas cada uno sino que están compuestos por pares de lotes que tienen, cada par, catorce hojas. El esquema de distribución corresponde al primer esquema Acdef invertido. En lugar de DIAROEFCULTSVP, la clave utilizada es PVSTLUCFEORAI D. Este diagrama lo aplico sobre la vereda exterior del patio de mis paseos. Los pares de lotes que suman catorce hojas son: P-S, L-C, E-R, I-V, T-U, F-O y A-D. Dentro de cada par la suma de hojas es igual a catorce, sin interesar cuántas tiene cada lote. Por ejemplo en el par P-S, el lote P tiene dos hojas y el S doce. La distribución está hecha contando todos los pasos a la derecha a partir de la vereda exterior, ya que a la izquierda se encuentra la pared que separa el patio de la calle. A cada letra del primer esquema Acdef invertido le corresponde un baldosón rojo sobre la vereda. A diferencia de lo que hice con los lotes auténticos, en este caso cuento los pasos correspondientes a mi derecha y dejo cada lote exactamente allí donde mis pasos me llevan. Si no hay un lugar donde esconder el lote trato de poner sobre él un elemento pesado, por ejemplo una piedra o un ladrillo, para que las hojas que lo componen no se vuelen. Esto quiere decir que dejo cada lote sin preocuparme por ocultarlo sino a la vista de todos. He considerado esta manera de proceder la más apropiada respecto de los fines de distracción que persigo. Confío que esto me haga ganar algún tiempo hasta que mis enemigos se den cuenta, de qué se trata esta nueva distribución. Para mayor claridad dejo constancia de mi método de trabajo:

Calle

Vereda exterior del patio

P V S T L U C F E O R A I D

1 1 6 1 1 1 1 1 6 2 2 5 5 9

x x x x x x x x x x x x x x

Puerta vestíbulo

Cada x corresponde a un paso dado hacia la derecha según mi sentido de marcha. La cantidad de pasos se indica con los números. Cada letra corresponde a un baldosón rojo sobre la vereda. Durante esta tarea pude comprobar que, ahora, abundan los corchos en todo el patio. El auténtico lote S ha desaparecido. Desapareció una célula del

cuerpo del rompecabezas. No sólo desapareció el lote sino que la influencia de mis enemigos ante la Administración ha conseguido que la pila de sábanas haya sido trasladada a un sitio que no he podido determinar. Este hecho podría atribuirse a simple casualidad si no hubiera ocurrido otro tanto con el lote I. En este caso nadie pudo trasladar la cámara de inspección cloacal donde coloqué, algo curvado, mi lote I. Al hacer el control recorrí con mis dedos hasta donde me daba el brazo los caños de entrada y salida para verificar que mi lote I no se había desplazado hacia ese sector. Sin resultados. Todas estas comprobaciones demuestran que el lote no fue retirado como consecuencia de producir obstrucciones en el sistema, sino que se trata de un nuevo secuestro. Ahora solamente quedan nueve lotes auténticos distribuidos, de siete hojas cada uno. En cuanto a los lotes falsos, varios de ellos han pasado a formar parte de la gran cantidad de basura que cubre el patio y, otros, permanecen en su sitio, defendidos por el objeto pesado que coloqué sobre ellos. En esta lucha no hay cosas libradas al azar. Por eso debo ser más cuidadoso que nunca en el análisis de los hechos que va produciendo mi enemigo. Suprimiendo del esquema Acdef las letras correspondientes a los dos lotes que contienen nada más que páginas de Rayuela (O y V), los dos secuestrados (I y S) y el mutilado que mantengo conmigo (E), el esquema de distribución actual es:

A C D F L P R T U

En este conjunto de letras que, tal cual se presenta ahora, parece carecer de significado, hay dos vocales (la A y la U) que, además de ser respectivamente la primera y la última de la serie de cinco, son la primera y la última en el conjunto de letras del esquema Acdef actualizado. Entre ambas vocales que abren y cierran el conjunto, se encuentran siete consonantes. No quiero sacar conclusiones apresuradas. Sin embargo bien podría deducirse que el autor de las 7 palabras ha usado un código sutil para transmitirme que su poder, simbolizado ahora por siete consonantes, va desde el principio hasta el fin, simbolizados por la A y la U. Mi respuesta no se ha hecho esperar. Termine de intercambiar los lotes A y U, transformando el esquema actualizado en : U C D F L P R T A. De modo que su poder tiene, ahora, un sentido de circulación negativo. No cifro demasiadas esperanzas en contragolpes de este tipo, porque estoy convencido de que la única posibilidad de derrotar a Acdef es sacar la lucha del territorio hostil en el que se desarrolla, o sea llevarla a un terreno que, por sus características y por el conocimiento que yo tenga del mismo, me sea más favorable. A pesar de esto, no tengo que despreciar maniobras como la de distribuir lotes falsos o la de demostrar que he descifrado el código de mi enemigo y que soy capaz de responderle utilizándolo. Estas maniobras sólo me permitirán ganar el tiempo suficiente para organizar el traslado de mis disminuidas fuerzas afuera de este Instituto que está infestado de espías sobornados por Acdef y, librar allí, las instancias finales de esta despiadada pelea para conseguir la victoria definitiva.

Siguen produciéndose escaramuzas mientras decae mi capacidad de excitarme ante cada una de las posibles novedades. Ahora concentro toda mi fuerza en organizar mi plan global de retirada y gozo anticipadamente de la excitación no localizada que me provocará asestar el último y definitivo golpe sobre Acdef. La más reciente

novedad fue el traslado del lote T al lugar que ocupaba antes el desaparecido lote S, o sea la caja cloacal de los baños. Resulta evidente que la intención de este cambio es confundirme y provocar mi total desorientación. Pude detectar que varias hojas, precisamente tres hojas del lote A no eran auténticas, ya que no tenían la correspondiente marca de mis uñas en diagonal. Tomé dichas tres hojas, las doblé para que quedaran marcadas en forma de cruz y las arrojé sin más trámites al patio, ese depósito de desperdicios. Para que los muertos entierren a sus muertos.

Hoy se produjo un extraño movimiento en ése, que fue el patio de mis paseos. Por primera vez desde que estoy aquí, vi que se abría el portón que da a la calle y que entraba al patio una pick-up F100, color gris, con la correspondiente leyenda del Ministerio pintada sobre ambas puertas. La camioneta quedó un largo rato estacionada, y el portón quedó abierto. Esto ocurría a la hora de nuestro almuerzo y yo podía verlo desde la ventana que está en el pasillo al lado de la enfermería. No sé por qué, pero el portón abierto y la pick-up estacionada y sola durante casi una hora, los interpreto como un signo positivo y como una esperanza favorable a mi misión. Ocupo buena parte de mi tiempo en considerar si, adelantando mis planes originales, será conveniente que memorice las seis hojas auténticas de mi lote E que llevo permanentemente conmigo. Las razones que tengo a favor de esta memorización son varias y buenas. Si memorizo las hojas su valor real será mucho menor, ya que su verdadero valor lo tendré incorporado a mi memoria y podré, llegado el caso, utilizarlas como rehenes. Si memorizo las hojas tendré algún consuelo en la emoción previa a su lectura y en el contacto directo con la escritura y el pensamiento de la señora S. Si memorizo las hojas podré dar a mis enemigos la impresión de que he abandonado la lucha directa y estoy dedicándome a algo intrascendente o poco peligroso. Si memorizo las seis hojas podré, oportunamente, disponer de toda mi capacidad de concentración para forzar mi salida al exterior, ya que no deberé preocuparme demasiado porque estas hojas me sean o no arrebatadas. Si memorizo las seis hojas y luego soy despojado de ellas, no tendré que lamentar no haberlas memorizado. Si no memorizo las hojas no renunciaré a mis planes originales, renuncia que hiere mi amor propio; mantendré intacta la posibilidad de una excitación más profunda; dispondré de más tiempo para elaborar mi plan de retirada; gozaré de la sensación de incertidumbre que me produce la posibilidad de ser despojado de ellas por métodos pacíficos o violentos y agregaré a mi retirada una dosis importante de peligro como para convertirla en una verdadera aventura. La decisión no es simple. Debo dejar que madure dentro de mí, si no quiero correr riesgos de equivocarme y verme sumergido en el desastre.

Mi enemigo ha cambiado el ángulo de sus ataques. Después de varios días de inactividad, hoy ha intentado eliminarme usando el más antiguo de los métodos: ha envenenado mi bebida. El veneno estaba en el mate cocido que ahora tomo, como ya dije y lo repito, usando un repugnante jarro de aluminio ennegrecido. Al primer sorbo, noté el gusto adulterado del mate y produje una escena de rechazo parecida a la del primer día que me lo sirvieron. Corrí a los baños y traté de provocarme vómitos, sin conseguirlo. El poder del veneno pude

comprobarlo en la terrible descompostura que tuve antes de la hora del almuerzo, cuando mi intestino despidió, en medio de terribles espasmos, mucosidades multicolores rodeadas por una espuma verdosa. Si quiero sobrevivir tengo que apurar mis planes y producir mi salida antes de que desfallezca por hambre y sed, ya que no debo ingerir absolutamente nada mientras esté en este lugar. Mi plan, entonces, se ha transformado en un plan de emergencia. Ante todo, deberé sacrificar parte de mis objetivos detrás del cumplimiento de otros. Mi objetivo principal es ganar. No me gusta, nunca me gustó perder y ya he perdido demasiado. Reduciré los controles sobre mis lotes al mínimo posible. Continuaré vigilando, ahora muy de cerca, la pick-up Ford que sigue frecuentando el patio a la hora del almuerzo. Respecto de esta camioneta ya he averiguado un montón de cosas: tiene muy buen estado general y casi siempre queda con la llave de contacto puesta. Su conductor es un hombre mayor, canoso y de gran papada, que muy bien puede ser nuestro cocinero Valentín Pilorget ya que, generalmente, trae varios cajones de verdura y algunas bolsas de papas. Su motor demuestra tener, por el sonido que produce, muy buena compresión y regula admirablemente. Respecto de la memorización de las seis hojas ya tengo decisión tomada y será la tarea más extenuante de las que debo encarar dentro de mi plan de emergencia. Voy a memorizar lo escrito sobre las hojas pero, solamente, tratando de retener el sonido de las palabras, sin que su significado llegue a mi comprensión. De este modo tendré todas las ventajas de memorizar sin ninguno de sus inconvenientes. Sé que no me resultará fácil prescindir del significado de palabras que tanto me interesan y por cuyo conocimiento estoy luchando con riesgo de perder hasta la vida. Pero estoy dispuesto a este sacrificio tras el propósito de no perder, inútilmente, los grandes beneficios que este método tiene para mí. Haré que mi cerebro sea como un simple grabador y podré, así, reproducir el contenido de las seis hojas con la intención de comprenderlo cuando sea oportuno. Es como patear la pelota contra la pared y atajarla o no. Nunca se puede perder. Mi plan de emergencia ya está en marcha. Tengo muy poco tiempo para llevarlo a cabo, a lo sumo tres días, considerando la deshidratación que me produjo la diarrea.

*“Hoy he cumplido cuarenta y dos años y me he regalado este diario en el que, ahora, escribo. Hace una semana estrené en Buenos Aires Nociones de simetría. Todo indica que será un éxito. Abrir una puerta ante la cual hemos pasado mucho tiempo tratando de hacerlo, no siempre trae alegría. Sobre todo cuando existen otras infinitas puertas que se cierran. María Blanchard, en la obra, abre la puerta de su cambio de color y, cuando es una mujer blanca, se le cierran las mil puertas del regreso a su propio ser. La historia no es nueva. Ya Fausto tuvo su propia experiencia. Lamentablemente las experiencias de otros, se llamen Fausto o María, sólo me sirven para citarlas. De todos modos espero, deseo y necesito dormir esta noche, por muchas puertas que se cierran.*

---

*Por varios días viví engañada. Más engañada de lo mucho que siempre he vivido. Me prometieron la salvación y la salvación no llegó. Me prometieron el cielo y el cielo no era otra cosa que este infierno reflejado en el*

*espejo. Yo pedí ayuda para salir y recibí ayuda para quedarme. Si he de quedarme no necesito ayuda. Si es el designio divino quien así lo dispuso no tengo por qué reverenciar a la divinidad. Si es sólo lástima lo que le inspiro a dios, renuncio a esa caridad inservible y a todas las obligaciones que ella pretende imponerme. Si este cambio no ofrece caminos de vuelta emprenderé la ida por mis propios medios. Sin ayudas que suplicar y sin ayudas que agradecer. Si esto es un nuevo nacimiento es, también, una nueva muerte.*

---

*Odio a todos los que me abandonaron, como P. y su comparsa de merodeadores del éxito. Odio mi piel y mi olor. Me odio como si yo no fuera yo. Necesito dormir. Necesito algún definitivo consuelo. Ya no soporto tanta memoria.*

---

*Desde que volví de Francia no he conseguido pasar una sola noche como la gente. En realidad no entiendo como puedo seguir viviendo sin dormir. El muy cretino de P. usó sus más sutiles técnicas de seducción para comprometerme con Nociones de simetría y ahora, María Blanchard, ese personaje de mierda que nunca quise asumir, me espera para que le dé vida. O me meto en el trabajo y en María y su dinámica alienante me salva o, simplemente, terminaré loca. Todas las cosas me lastiman y me molestan en extremo. Sobre todo los pequeños detalles prácticos. Como el episodio de hoy con el auto. Por suerte encontré a ese fulano tan eficiente y extraño que me devolvió a la vida. Es ridículo pero así lo sentí. Parece que escribir mis bonitas experiencias es, al menos, un desahogo. Así lo siento en este instante. Me compraré un diario con tapas de cuero. Será como aplicar un poco, a mi vida, la teoría brechtiana del distanciamiento.”*

Han pasado varios días desde que quisieron envenenarme. Ya he grabado en mi cerebro cuatro de las seis hojas del lote E o F, no estoy seguro. Trabajo con especial dedicación y no pierdo tiempo en comer ni en beber ni tengo, por suerte, necesidad de ir al baño. Mi cerebro responde a este gran esfuerzo de concentración. Las horas del sueño las uso para asegurar que estén en mi memoria las cuatro hojas ya grabadas. Tengo la sensación de que no podría retener ya muchas palabras más. Durante la mañana grabaré la quinta hoja y, si me queda tiempo, empezaré con la sexta y última. Apenas llamen al almuerzo, recorreré el esquema cuyas letras ya no recuerdo ni trato de recordar y levantaré los lotes restantes que hace mucho que no controlo. Quemaré en el baño las hojas memorizadas, usando la misma cabina donde tuve la visión de las manchas, con un fósforo que escondo en el bolsillo derecho de mi pantalón. Con los lotes bajo el brazo bajaré hasta el patio y, si como espero, la F 100 está allí, me pondré al volante y arrancaré. En ese momento será, aproximadamente, la una de la tarde del día 24 de marzo del año 1976. Faltan, según creo, siete horas.

*“Que P. haya escrito esas 7 sucias palabras es coherente con la clase de basura que ha demostrado ser. Digo P. y posiblemente me equivoque, porque en 1954 sufrió un cambio que, inútilmente, trató de ocultarme. Me sedujo con la posibilidad de viajar a Francia y seguir estudiando teatro o música. En París, extrañamente,*

*tenía viejos contactos. Pero allí lo llamaban A. Por eso me rectifico y digo que A. es un insecto asqueroso. Que haya pensado las 7 palabras era previsible; pero que las haya escrito es demasiado. Y puso tanta fuerza en inmortalizar su siniestra broma que agotó la tinta del marcador como un símbolo del violento chau que me decía. Pero no es tan fácil despedirme. Una por una destruiré sus 7 palabras.. Negra, blanca o judía, mi querido A., sigo con fuerzas como para buscarme y encontrarme dentro o fuera de los espejos y degollar tus ínfulas. Será ahora o será después; pero será. Inexorablemente. Y lo haré yo misma o mandaré que lo hagan.”*

El motor responde admirablemente. La aguja sobre el tablero marca medio tanque. Los lotes distribuidos habían sido secuestrados. El fósforo había desaparecido. Hice mil pedazos las cinco hojas que ya cargué en mi memoria, y las tiré por el inodoro de la penúltima cabina de los baños.

Estoy parado frente al semáforo de San Juan y Boedo esperando la luz verde. Ahora bajo por San Juan, tratando de que la Ford no de motivo de quejas a nadie. Dejo que una fila de escolares cruce la calle. Parece mentira que en épocas de guerra los chicos sigan yendo a la escuela. Ya estoy en Barracas y subo al puente. Como siempre, en Avellaneda el tráfico está pesado. Sigo por Avenida Mitre que está un poco menos cargada. He puesto la Ford a cincuenta kilómetros clavados. No dejo de controlar por el retrovisor si alguien me sigue. En el piso de la caja hay varias papas sueltas que chocan contra la cabina cada vez que freno o acelero. Trato de evitar que esto ocurra. Termino de pasar el letrero de Bernal. Ya corremos por el camino General Belgrano. Conozco esta ruta como si la hubiera parido. Por fin el motor tiene suficiente desahogo. Levanto ciento diez sin que se mosquee. Lo pongo a ciento quince. Responde como un León. Me acerco a un Renault 12. Lo paso. El camión venía muy lejos. Un Chevy se va agrandando. Ya lo tengo. El Fiat se tiró a la banquina. Voy empujando a un Peugeot. Ciento treinta. El Scania aflojó. Van tres. El próximo es un Mercedes 1114. Bajo a ciento diez. El que viene es un Polara. Ahora. Impecable. Lejos veo un Rastrojero. Ciento treinta y cinco. El Expreso Río de la Plata me guiña las luces. Adiós Rastrojero. Un acoplado Helvética tirado por un Magirus. Calculé bien. Van seis. Se vuela la hoja que no grabé en mi memoria. Otro acoplado Helvética. Bajo a 130. El que viene es un Falcon. ¡Ahora! 140. El conductor del Falcon no afloja. Es Acdef muy joven, como el de la foto. Larga el volante y se tapa la cara. El camión Volvo hubiera sido el número siete.